

Segunda mención (Concurso XXIV, 1991)

NUNCA SE SABRÁ NADA

Agustín Cadena, Irene Fenoglio, Rodrigo Mier,
Noemí Novell*

Son seis de derecho y dos de revés; sí, ya me acordé. Con tantos exámenes que calificar y los cursos y las presentaciones de la escuela, no había tenido tiempo. Qué bueno que ya acabé los dos puños, pero como se casa hasta dentro de un mes, tengo tiempo para terminar el cuello. Se va a ver chulo el vestido. Ya la imagino, vestida de blanco y todo. ¡Qué suerte tuvo de encontrarse a éste! Ya era hora, y a ver a mí cuándo me toca, porque casi todas están casadas ya. Pero pronto, pronto... al menos ya estoy comprometida... ay, es revés, revés, me salto este punto y derecho. Mi Gabriel... qué bueno es... y tan romántico... esa mirada dulce del otro día cuando se despidió de mí en el balcón. Pero pobre, en serio cree que es poeta, la verdad es que no se parece en nada a Amado Nervo. Y para ser poeta hay que ser muy ingenioso y tener mucha sensibilidad... para que te lleguen las cosas y el amor, pero la verdad Gabriel... pues no. En fin, no se puede tener todo en un hombre. Ojalá pudiera encontrar la combinación perfecta. Pero no, no es el amor de mi vida. Bueno, al menos tengo la seguridad de que Gabriel es muy trabajador y responsable. De seguro pronto lo van a ascender en la Presidencia. Él es el hombre con el que tengo que hacer mi vida, es formal y en mi casa les gusta. ¡Otra vez...! es derecho, derecho, lo sal-

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

to y revés. Además, es respetuoso. Gracias a Dios, nunca ha intentado nada, porque si no, no sé qué haría. No, no, yo soy una mujer educada y decente, una señorita. Porque luego te quieren engañar y te dejan, y la gente siempre se entera y ya estás tachada para toda la vida; todos te miran feo porque ya saben, ya saben que no vales... y luego te pasa como a esas de la capital. Todo el mundo habla de ellas, y pues cómo no si andan metidas en las cantinas y en esas cosas de hombres. Y aunque sepan que las andan chismoseando, ponen su cara de "no me importa". Bueno, a lo mejor es cierto que no les importa. Ay, pues si es así... pero aquí no se puede. Qué más quisiera uno que irse de aquí, pero está difícil. Y además, aunque yo pudiera, no sé qué haría... y ni siquiera sería con Gabriel... al menos con uno que no estuviera tan feo y tan sin chiste; sí, con uno grandote... como el luchador ése que a veces me encuentro en la fuente de la plaza. Ése sí. Pero no, una mujer decente no puede pensar en estas cosas. Además, yo ya estoy comprometida y él casado... ¡pero qué esposa: esa Carmen que es tan vulgar y fea, y hasta dicen que anda por ahí con todos! Pero bueno, ésa sí es una buena pareja para él, porque aunque él esté, como dicen, sexy, siempre huele mal y anda borracho. En cambio mi Gabriel, todo el tiempo aseado y bien vestido. Y es tan lindo y bueno. Él sí que es para mí, mi Gabriel.



Qué bueno es estar de vuelta. Y a uno que no se le olvida el *Paraíso*. Es como si... Ya, otra vez por aquí. Sólo fue una gira de cuatro días a Guadalajara, hay que enseñarle a esos tapatíos que los de aquí también sabemos... No, me voy a sentar por allá. Gracias, compadre... Se siente bien ver otra vez a los cuates, entrar en el *Paraíso* como si fuera tu casa y... ¡Madres! allá están don Miguel y Gonzalo. Mejor me siento por aquí. No vaya a ser la de malas. Sí, llegué anoche. Nos fue bien. Sólo el Fishman me agarró. Pero ya estamos aquí de regreso y con una pinche sed... Tráime una Corona y un Orendáin. Llegas a tu tierra y ves a los cuates. Uno los conoce y ellos a uno. No, no son de la familia pero pues como si lo fueran. Son de tu pueblo. Es tu gente. Allá en Jalisco... Qué, ¿no tienen frías, Vibora? La sed que tengo y me la trais tibia. No mames. Ponte unas en los hielos pa' que se enfrien y me las guardas pa'l rato. No, déjamela. Así me la tomo. Sí, en Jalisco nadie se conoce. Se siente uno como en el rin todo el tiempo. Hay que luchar en los camiones y en las cantinas y en la calle y en el centro... Nada más que allá sí ganan bien. Los luchadores son luchadores y ya. Y les va re bien. Aquí no, aquí está más dura la cosa. Pus como yo que ando manejando el camión y que el pugilato y que no alcanza y que la familia y aí apenitas. Sí, allá es más fácil. Aquí hay que agarrar todo lo que se pueda: que aquí una chambita y que otra por acá y que pues éntrale. O qué ¿se muere uno de hambre? Y luego a uno ni tiempo para preparar-

se. Hay que madrugar y luego hay que desvelarse y ni así le da a uno tiempo. Pero con todo y todo, uno le enseña a esos jalisquillos que uno también puede y que no anden diciendo que los de aquí no la hacemos. ¡Víbora! Tráime igual. Es como el poeta Gabriel; ése me cae que sí sabe. Cómo anda por ahí, siempre que estudiando que leyendo que en la Presidencia y siempre con sus librotos y a mí me late que nada más que quiera se va a la ciudad. Que si trabaja en la Presidencia ha de ser sólo para sacar unos centavos. ¿Qué me dijeron de él? Ah sí, que ya se quiere casar con ésta... cómo se llama... ¡la Natalia! A mí me late que no la hacen. Cuando he visto a Natalia por aquí en la plaza, cómo se me queda viendo, lo que ella quiere es... y pues el maestro poeta como que puso. Ella necesita un hombre de a de veras, necesita un hombre hombre. Buenas don Miguel... sí, llegué anoche... bien, gracias. Propio don Miguel. Se me hace... no quién sabe, pero se me queda viendo como que con ojos de... no, quién sabe. Víbora. Un Orendáin. Y tráite una botanita. No seas apretado. Ya sé, voy a invitar al poeta Gabriel a tomarse unos tragos a ver si así me le pego más a Natalia y pues luego pues ya, ya estuvo. Total, qué se pierde y, además, a mí me late que quiere... Ora sí, Víbora. Ay, ay, ay. Pinche Claudia, Ya me trae hasta la madre. Pinches viejas, siempre lo mismo. Al principio que no que tú que yo que tu esposa que piénsalo y ahora, hasta de rodillas la cabrona. Ya me trae hasta la madre. Segurito que lo mismo con la pinche Natalia. Todas son putas y que no se hagan. Cómo se me queda viendo... ¡pus también quiere! Parece como que lo hacen de a pinche adrede. Mi

esposa: puta —si no, hay que preguntarle al maestro poeta—, Claudia: puta y Natalia pues de seguro que también. Víbora, qué te debo. Mejor ya me voy por el maestro antes de que me encabrone más.

... **G**abriel, Gabrielito, mi Gabriel... vería cómo si se quedara conmigo, lo sacaba, yo sí lo sacaba de esa maldita Presidencia que nomás no lo deja en paz para escribir su poesía, vería cómo conmigo sí la hace... porque yo sé que él sí es bueno, lo que pasa es que la gente no entiende que él es un poeta y por eso se burlan de él... por eso ese día de la velada el mocoso ese, el hijo de doña Martita, le cortó la corbata con unas tijeras... tan guapo que se veía con su corbata nueva... lo que pasó es que estaba tan emocionado diciendo su poesía y el mocoso ese es un grosero y su mamá nomás no lo puede educar... y todo el mundo se empezó a reír y él ni se dio cuenta de que el mocoso le había cortado la corbata... pero es que también ya estaba medio tomado y pues luego que aquí todos son bien ignorantes y no aprecian su poesía... igualito que su novia... la Natalia... que nomás se quiere casar con él para que luego la gente le diga que es la esposa del poeta Gabriel Rosas... pero la verdad es que no lo quiere, nomás le interesa su fama, ella no le conviene a mi Gabrielito, es una mosca muerta que se la pasa tejiendo... ¡ay! si la Natalia y mi marido, que de Sultán

nomás tiene el nombre, nos dejaran en paz, porque nomás me quita el tiempo... la verdad es que el pendejo sólo tiene ojos para sus luchas y para mí, pero a veces llega tan cansado de luchar y de andar de gira que ya nomás se sube a echarse pedos de tan cansado que está... pero me quiere mucho... ¡uy! y si él se enterara de lo de mi Gabrielito y yo... y es que está bien guapo mi futuro Amado Nervo... ese día de la velada que se salió ya casi cayéndose de puro borracho y pues que voy y lo persigo, no se lo fueran a robar por ahí... y qué a toda madre nos la pasamos... y si la Natalia y el Sultán se enteraran... pero es que la verdad estuvo bien chingón y ya ni quien nos quite lo acostado, ora sí que a palo dado ni Dios lo quita.

A la mitad del camino de la vida mía una fiera me apartó de la luz. Sus garras eran dulces y sus colmillos tomaron por sorpresa, penetrándola voluptuosamente, la frágil sustancia de mi virtud. Escribo estas líneas con la misma pluma que registró los días primeros de mi extravío: una pluma antigua, regalo de mi madre, que hoy se niega a seguir los dictados de la inteligencia poética, las reglas de la arquitectura retórica, y, como conectada a alguna vena tiránica y acibarada, se empeña en vertir sobre el papel todo el dolor de mi corazón culpable. En efecto, abandono mi voz moza de bardo pastoril, aparto de las bravías cañadas y los vetustos conventos del

Mezquital mis avergonzados ojos, y dispongo mi ánimo a arrojar esta elegía sobre el sepulcro de mi inocencia.

Emoción recordada en tranquilidad es la poesía, dijo un vate inglés. Hago, pues, acopio de serenidad y trato de recordar cómo empezó todo. Escenas borrosas, de contornos indecisos, llegan a mi memoria y se van de ella con una celeridad vertiginosa. Veo una figura de luz enceguedora ante la cual desaparecen el temor, la soledad, la duda respecto a mi propio talento; una figura supralunar: Natalia, mi novia. Luego esta imagen se borra, desaparece de golpe, como desaparece la llama de una lámpara que el viento de la noche apaga. Mi propio rostro queda transformado: es invierno; estoy en un bosque de árboles muertos, mirando como ido la superficie inmundada de una ciénaga. El viento helado me hiere el rostro y de repente mi razón se extravía: pienso que la sustancia de la ciénaga debe ser tibia y protectora como un agua maternal...

Pero veamos los aspectos mundanos de la historia, apuremos de una vez esta copa de podredumbre. Conocí a Carmen... ¿dónde? La había visto muchas veces; me atraían sus efluvios de carnalidad, y el hecho mismo de saber que es casada acicateaba mi ambición de ella. Además, (¡Ah, vanidad varonil, tan poco diferente, en ocasiones, de la malhadada vanidad femenina!) echarme al bolsillo la honra del Sultán, ese gladiador de pique-ras y congales, era una tentación deliciosamente traviesa. ¡Cómo provoca a veces, a los intelectos superiores, la idea de morder los agraces frutos de la canalla!

No tuve que tomar yo la iniciativa: Carmen me buscó. Había organizado una velada literaria donde yo sería el

centro de la atención: me invitaban a leer parte de mi obra, lo más granado. Llevé mi "Nocturno a la soledad", mis "Madrigales a la orilla de la luna", mis "Cantos de cuervo" y, por supuesto, *opus magnum*, la *Natalia*.

Juventud, embriaguez divina, impulso dionisiaco, no pude traicionarte y, por no traicionarte, mancillé ese afecto casto que pudo haberme redimido. Bebí, anhelé, bebí más y más anhelé... hasta que perdí la conciencia. Desperté al día siguiente con la corbata mutilada y la ropa en desorden. ¿Fue acaso que Carmen, esa cantante ebria por una noche de poesía, incapaz de refrenar sus naturales ímpetus, deshizo mi corbata con sus dientes en lugar de desatar normalmente el nudo de mi castidad?

Volví a casa como un ángel caído en cuyas alas, antes blancas, se secaba al sol de la mañana un lodo negro. Me vestí y fui a trabajar a mi oficina, en la Presidencia Municipal. Mas he aquí que ni aún el trabajo honrado del funcionario público venció el temblor de mis manos pecadoras. Me excitaba hasta el paroxismo la noción del peligro en que me hallaba. Si el Sultán descubría lo sucedido... mi imaginación, acaso todavía intoxicada, concebía un amanecer helado a la orilla del río, hombres vestidos de negro, solemnes, el estampido mortal de dos pistolas... olvidaba que el Sultán, siendo como es de tan baja condición, recurriría en su cólera de cornudo a algo mucho menos noble: me buscaría, tal vez, para golpearme con los puños, como un lacayo.

Hace una semana, yo estaba en la oficina, ante mi escritorio, cuando me dijeron: "Vienen a buscarte". Era el Sultán y sentí vértigo. Me pidió le concediera cruzar unas palabras, a lo

cual accedí. Atravesamos la plaza bajo el sol ardiente del mediodía. "Acaso el último que vean mis ojos", pensé. Pero el Sultán no me llevó al río: me llevó al *Paraíso*. Yo no quería beber pero él me obligó. Nos embriagamos y, como suele suceder, en la borrachera los extraños se hacen amigos y los amigos hermanos. ¡Ah, honor tan inconsistente de la canalla! Cuando yo esperaba el principio de un espantoso combate, aquel sencillo gladiador me dijo, con su lenguaje llano de iletrado púgil, que sólo en calidad de cita me atrevo a reproducir: "Mire, maestro, no se preocupe: yo ya sé que mi esposa es una puta".

¿Dónde estuvo mi fracaso? ¿En pecar o en ser perdonado? Carne fácil, tan barata al hombre de bien, no me interesas ya, ni codicio más tus profanos deleites. Vuelvo mis ojos a aquella figura de luz para quien diariamente levanto un templo dorado hecho de versos. ¡Lejos de mí, hetaira! Acaso un día, hurgando entre un montón de libros viejos, uno de tus ilegítimos vástagos encuentre, firmado por mí, un breve poemita, una estampa de la vida mundana, dedicado a una mujer sin honra. Nunca sabrá que era su madre, como nunca nadie sabrá lo que pasó la noche de la velada.

